

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica de Séxagesima.

*Qui habet aures audien-
di, audiat.*

MATH., XIII, 9.

El que tiene orejas para
oír, oiga.

Hallábase Jesucristo en la orilla del mar de Galilea, y como hubiese concurrido numeroso gentío á escuchar su mágica palabra, subió á un barco, y les propuso la interesante parábola del sembrador y de la semilla, de la diversa calidad del terreno, y de la varia suerte de las semillas que se malograron en su mayor parte, dado que de cuatro golpes, solo uno cayó en buena tierra, y dió fruto abundante, el ciento por uno.

Había entre la multitud oyentes mal dispuestos que seguían á Jesús, movidos de la curiosidad,

ó en busca de emociones, ó á impulso de la envidia como los escribas y fariseos, fiscales apasionados, rencorosos é implacables del Hijo de Dios. Por eso, terminada la parábola, levanta Jesús la voz, y dice: «El que tenga oídos para oír, que oiga.» Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábola? El maestro les respondió: Porque á vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios: más á ellos no les ha sido dado este dichoso conocimiento. Al que tiene, se le dará, y tendrá mas: pero al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará. Por eso les hablo en parábolas; porque viendo, no ven, y oyendo, no oyen, ni entienden. Cúmplese en estos desgraciados la palabra de Isaias que dice: Oiréis y no entenderéis: y viendo, no vereis. Porque el

corazon de este pueblo se ha engrosado, y son pesados para oír y cierran sus ojos para no ver, de manera que no entienden lo que oyen, y no se convierten, haciéndose indignos de la salud. Más bienaventurados vuestros ojos porque ven, y vuestras orejas porque oyen.

Tales son las gravísimas enseñanzas que Jesucristo nos ofrece en el Evangelio de este día. Por ellas sabemos la desdicha de las almas y de los pueblos que cierran los ojos, los oídos y el corazón á la luz de la verdad, así como entendemos cuán grande sea la dicha de los que aprenden y practican las sublimes enseñanzas del Evangelio.

Como era tan grande la multitud de gentes que de todas partes concurrían á escuchar la maravillosa doctrina del Salvador; como la casa donde estaba hospedado el divino maestro en la ciudad de Cafarnaun era muy angosta para contener á las turbas que iban llegando, avidas de oír y contemplar al hombre extraordinario, poderoso en obras y palabras, salió Jesús de su casa, dice el sagrado texto, y se dirigió á las playas del vecino mar de Galilea. Al punto se vió rodeado de la multitud, y para

hacerse oír de todos, subió á un barco, y desde allí comenzó á predicar en parábolas, según la costumbre de aquellos tiempos. Y habló por medio de una semejanza, diciendo: Salió el sembrador á sembrar su simiente, y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras cayeron en tierra pedregosa, y habiendo nacido, se secaron porque no tenían raíces. Otras semillas cayeron sobre las espinas: y creciendo éstas, las ahogaron. Y otras cayeron en buena tierra, y dieron fruto, unas á ciento, otras á sesenta, y otras á treinta. Y decía el Salvador: El que tenga oídos para oír, que oiga. Como si dijera: ¿Conoceis la desgracia de los que oyen mal las enseñanzas divinas? Porque Jesús es el divino sembrador, que vino del cielo á sembrar la semilla de su santa doctrina en la tierra de los corazones. Y sucede que esta divina semilla, sembrada con tanto trabajo cae en corazones distraídos, disipados, y negligentes, y no dá fruto. Hay corazones más duros que la piedra, y la doctrina que se siembra en ellos, aunque llegue á nacer, se seca pronto, abrasada por el fuego de las pasiones, porque no echa raíces. No faltan

hombres que tienen fé y escuchan con gusto la doctrina evangélica, practican la piedad y se muestran adictos á la Iglesia; pero están engolfados en los negocios, y atentos en demasía al acrecentamiento de las riquezas; espinas que cubren la tierra de su corazón y ahogan las divinas semillas de los avisos, enseñanzas, ejemplos, correcciones y gracias interiores con que el Señor los llama á la enmienda, y no cesa de increparles, diciendo: ¿De qué os servirá ganar todo el mundo, y poseer sus riquezas, si perdeis vuestra alma? Todos estos hombres son bien desgraciados, porque teniendo oídos, no oyen, no quieren oír, no oyen con ánimo de practicar la doctrina, de corregirse, y enmendarse. Y está escrito que no hay salvación para los que ignoran la doctrina cristiana, ó conociéndola no la practican.

Tienen oídos, mas no para oír con oído atento y reflexivo. Tierra pedregosa, cubierta de espinas, hollada por las béstias, recibe la preciosa semilla de la verdad, los rayos del sol, el rocío de la gracia, la lluvia de las divinas mociones, la suave brisa del cielo, y no dá frutos de virtudes y buenas obras. *Qui habet aures audiendi, audiat.* Hé aquí el origen de todos los

males que deploramos. Se pierden las almas y se degradan los pueblos porque no tienen orejas para oír; han perdido el sentido cristiano, que oye, aprende y saborea la doctrina celestial, mas dulce que los panales de miel, mas preciosa que el oro y los topacios, y mas pura que la plata salida del crisol. Pues bien: Está escrito que al que tiene virtudes, gracias y prosperidades, se le darán nuevas gracias, nuevas luces y mas ricos dones para que adelante en la virtud, y crezca en la santidad. *Qui enim habet, dabitur ei et abundabit.* Mas al que no tiene, al que carece de fé, de docilidad, sumisión, y deseo de instruirse, de enmendarse y santificarse, aun lo que tiene será quitado. *Qui autem non habet, et quod habet, auferetur abeo.* Por eso hablaba Jesús en parábolas á las turbas de Cafarnaun, porque viendo sus milagros, no abrían los ojos á la luz de la verdad, y oyendo doctrinas tan sublimes y salvadoras, no querían entenderlas, y cerraban su corazón á la gracia que podia convertirlos y sanarlos. *Ideo in parabolis loquor eis.* Había en Cafarnaun hombres opulentos, entregados á la codicia, al lujo y á los placeres. Entre las turbas había tambien escribas y fariseos que seguían á

Jesucristo para contradecir á su doctrina, combatir sus milagros, y desacreditar su conducta. Por eso les habla en parábolas, esto es, por medio de enigmas, para que no entiendan, y no puedan burlarse de su doctrina. Para que viendo no vean, y oyendo no oigan, ¡Terrible castigo! ¡Desdicha lamentable! Este es el resultado de las ingratitudes, de los desprecios y rebeliones contra la doctrina del Evangelio. Cuando el hombre no oye, sino que desprecia la palabra de Dios, se encuentra ya en lo profundo de la ceguera y de la depravacion. *Impius cum in profundum venerit, contemnit.* Cuando los pueblos desprecian los dones de Dios, y se apartan de sus caminos, atraen sobre su cabeza el rayo de todas las destrucciones: no florecerá en esos pueblos la concordia, ni la fraternidad; no busqueis honradez, sentimientos generosos, ni acciones nobles y desinteresadas. Todo el Orden moral se perturba donde no hay fé, que es su raiz, ni amor de Dios que es su alma, y su vida. No quedará en ellos piedra sobre piedra.

Oid vosotros con dócil oído las palabras de Dios, y abrid vuestro corazón á sus divinas enseñanzas. Dichosos los ojos que ven, y los oídos que oyen. ¡Cuántos pue-

blos infieles quisieran ver lo que vosotros veis, y oír lo que vosotros oís! ¡Ay de vosotros, cristianos despreciadores del Evangelio, y conculcadores de la ley de Dios; bajareis á lo profundo de la abjeccion y de la miseria porque si los sodomistas y otros pueblos infieles hubiesen oído la predicacion del Evangelio, y conocido la vida, muerte y pasion de Jesucristo, hubieran sido mas dóciles á la voz de Dios, mas agradecidos al don de la fé, y mas solícitos en conservarla. *Usque in infernum descendes: quia si in Sodomis factæ fuissent virtutes quæ factæ sunt in te, forté mansissent usque in hanc diem.*

Cultivad, hermanos míos, los dones de Dios; preparad con la penitencia y la mortificacion; con la humildad y la paciencia la tierra de vuestros corazones; estudiad la palabra de Dios, aprended su santa doctrina, fuente purísima de dichas temporales y eternas; asistid á la predicacion cristiana que civiliza á los pueblos y salva las almas; practicad los mandamientos, confesad y comulgad con frecuencia, orad y vigilad. Así es como dareis frutos de vida eterna, á saber virtudes y buenas obras, que os abrirán las puertas de la gloria, Amen.

LA HERENCIA DE LA VIRGEN MADRE

TRADICION ANTIGUA BARCELONESA.

—
Ave María Purísima
Sin pecado concebida.

(Conclusion.)

Entonces tomando aparte al magnate galo, ambos discípulos le instruyeron muy someramente en las principales verdades del Evangelio.

Con atención les escuchó el Régulo. No comprendiendo lo que le decían, pero tocado interiormente por la verdad, dijo:

—Si mi hija cura, creeré lo que me decís.

El y sus compañeros prosiguieron su oración ante la misteriosa piedra, en la cual se leía en caracteres extraños la predicación antigua de los druidas.

La enferma, que moribunda yacía en tierra sobre una piel de oso, se levantó sana y salva gritando:

—¡Ya estoy curada padre mío, y debo mi vida á la Virgen, que ha de ser madre del Dios de los dioses!

El Régulo no quería creer lo que veía, y al contemplar á su hija en cuyas bellas facciones se reflejaba el atractivo de la salud, la llamó aparte y la dijo:

—Hija del alma, cómo pagaremos á la Virgen, madre del Dios de los dioses, la salud para tí alcanzada! ¿No es verdad que la enfermedad es la mayor de las miserias?

—Si, padre, respondió la jóven con cierto terror; y tu no sabes lo que he padecido. Prefiriera morir.

—Pues bien, prosiguió el padre con entusiasmo; aquellos extranjerios, en

buena hora venidos, me han dicho que conocían á la Virgen, madre del Dios de los dioses, y me han dicho otras cosas que, si bien no las he comprendido del todo, me han llenado de contento y de esperanza, pues parece que no hay otro Dios sino el hijo de aquella Virgen. Y como á ella debes la vida, quiero ofrecerla todos mis bienes. Soy robusto, trabajaré en los campos para mantenerte á tí y á mi, y todo cuanto tenemos se lo daremos á la que te devolvió la salud. Nos quedaremos pobres para que ella sea rica.

Llamó luego á los dos santos á su habitación, y despues de haberles regalado lo mejor que tenían, les hicieron la oferta de la herencia á favor de la Madre del Dios de los dioses.

En vano los discípulos de Jesucristo manifestaron que la Virgen María no tenía necesidad alguna de las herencias de esta tierra; que si bien en ella vivía pobre y oscura, despues de su muerte la aguardaba el trono imperecedero de los Cielos. Pero ¿Quién hace comprender á unos seres salvajes que otra cosa no eran los galos, cosas tan sublimes?

El padre y la hija insistieron, y no les quedó á los santos discípulos del Señor otro recurso que volverse á Jerusalem á rogar á la Virgen María que viniera á tomar posesion en las Galias, de aquella cuantiosa herencia que el Régulo y su hija tan generosamente la ofrecían.

Cuando los santos llegaron á Jerusalem encontraron á María hermosa como siempre, vestida con su pobre túnica de lana parda y cenida con una correa, envuelta con su manto de lana gris y cubierta la

cabeza con su toca tegida con cáñamo amarillo y con hebras azules y encarnadas. Esta toca arrollada á su cabeza á guisa de turbante, descendía en pliegues hasta el pecho cubriendo el cuello al igual que las tocas de nuestras religiosas.

María les recibió con su divina sonrisa, y si bien nada de cuanto había sucedido se ocultaba á su alta sabiduría, recibió el mensaje del Régulo que le traían los discípulos.

Tanto en ella como en nuestra patria querida se conservará siempre, porque nunca ha cesado el culto á la Virgen que había de parir al Dios de los Dioses la cual se reveló á los cristianos.

Por la misericordia de Dios conocemos en ella, no al ser misterioso é indescifrable de los druidas, sino nuestra Divina Madre la Inmaculada Virgen María.

(Del *Correo Catalan.*)

FRANCISCO DE P. CAPELLA.

EL MILAGRO DEL SIGLO XIX

Las obras de Dios están llenas de maravillas: confunden á la razón, demostrándole su debilidad, y revelan los procedimientos inescrutables que usa la Providencia para favorecer la realización de sus designios.

(*Historia de las Hermanitas de los pobres, por L. Aubineau.*)

I.

La presente historia es auténtica: muchos de los que pueden dar testimonio de ella viven; en los hechos que vamos á

referir no hay supercherias ni faramallas.

Aquellos ateos que todavía razonan sus negaciones, para no confundirse con los otros de quienes dice un filósofo moderno, nada ortodoxo, «que solo se distinguen de los bestias en la facultad de negar,» deben leer este relato para convencerse de que los milagros y la santidad no son de precedencias remotas, sino que se producen en todas las épocas cristianas, para confirmar que Jesucristo resució y vive en su Iglesia hasta el fin de los siglos.

A los incrédulos de todos los grados y gerarquías, les excitamos á que examinen sin pasión esta sucinta reseña de las maravillas divinas, persuadidos de que han de hacer mella en su alma, si, por ventura, no se ha helado por completo con la escarcha de la indiferencia, quedando despojada de todos los dones sobrenaturales de Dios.

—Pega, pero escucha—dijo el célebre griego al furioso ateniense que le maltrataba sin oírle. Y nosotros decimos á los ímpios:—Negad, pero leed.

Hace cuarenta y cinco años que á un joven presbítero de Saint-Malo, patria del poético autor de *El Génió del Cristianismo*, cuya tumba se eleva en su arenosa playa, batida por el borrascoso oleaje del mar que baña las costas de la Bretaña, le inspiró Dios el pensamiento de so correr á la ancianidad desvalida. El Señor Le-Pallieur, coadjutor de la parroquia de Saint-Servan, designado por la Providencia para cumplir aquel pensamiento hallábase sin recursos; pero la misma Providencia encaminó sus pasos hácia dos pobres

y virtuosas mujeres, elegidas, como las que acompañaron á Jesús al Calvario, para compartir las glorias de esta hermosa epopeya de la caridad.

Dichas piadosas mujeres fueron María Agustina, de diez y ocho años de edad, costurera, y María Teresa, jóven también de diez y seis años, huérfana, y de igual condición que la primera.

Ambas fueron iniciadas por el caritativo Sacerdote en el sublime pensamiento que quería realizar, y en el instante se encargaron de una anciana ciega y pobre que vivía en su vecindad. A estas dos jóvenes se asoció pronto una antigua sirvienta, Juana Jugan, cuyo nombre es conocido hoy en toda Francia, la cual abrazando con ardor los proyectos de que se le dió conocimiento, condujo á las primeras á la casa de otra piadosa mujer llamada Francisca Aubert, que estaba predestinada providencialmente para ser la primera bienhechora de aquella humildísima congregación.

El día de la fiesta de Santa Teresa del año de 1840 quedaron establecidas las susodichas congregantas en la guardilla de Francisca, adonde condujeron en brazos á su querida enferma; pero, como aun había otro sitio vacante, trajeron después á otra anciana, con lo cual quedó la casa llena. Habiase dado el primer paso, y la bendición de Dios descendió sobre aquella pobre morada, donde permanecieron más de diez meses, que lo fueron de prueba para aquellas dignas y generosas mujeres, á quienes el presbítero Le-Pailleur, fundador de la institución, ayudaba con todo cuanto podía. Tal fué el principio de esta gran institución católi-

ca, llamada de las *Hermanitas de los Pobres*, cuyas obras extraordinarias contemplamos atónitos hoy en día, admirando su excepcional importancia.

A los diez meses de ejercicio se decidió Francisca á dejar la guardilla que ocupaban; y como tenía algún crédito en la ciudad, fueron á hospedarse las *Hermanitas* en un local que había servido de taberna. Allí se instalaron, colocando doce camas que pronto se vieron ocupadas, y desde entonces empezaron á pedir limosna y á implorar la caridad para sus pobres ancianos. Cuando en el improvisado asilo no cupieron más pobres, determinóse Francisca á comprar una casa grande (1842), que había estado antes ocupada por una comunidad.

No había con qué pagar la casa; pero el presbítero Le-Pailleur vendió su reloj de oro, su rosario de plata y algunos otros efectos; Juana aportó una reducida cantidad, y Francisca añadió el resto de su peculio; el total reunido fué poco más de la cantidad necesaria para pagar los gastos del contrato.

La Providencia, sin embargo, interesada en el asunto, sirvió de banquero á la naciente institución; y, á vuelta de un año, la casa, que había costado 22.000 francos, estaba pagada; tenía 50 asilados y las cuatro *Hermanitas*, sin más recursos que la oración y la caridad, habíanse multiplicado. Así nació, de este diminuto grano de mostaza, el árbol frondoso destinado á que aniden en sus ramas las avejillas del cielo; y que, bajo su benéfica sombra se agrupen las generaciones agradecidas.

II.

Tal es lo que puede llamarse con propiedad el gran milagro del siglo XIX, realizado por esa institución fecunda, superior y santa, conocida con el nombre, de suyo dulce y caritativo, de las *Hermanitas de los Pobres*.

Esta obra representa un hecho extraordinario dentro del actual orden moral del mundo, que no puede compararse con ninguno de los progresos físicos del tiempo presente.

El telégrafo, el vapor, el teléfono, los grandes inventos que han venido á mejorar los medios en que vive y se desarrolla la prosperidad humana, no son en suma, mas que agentes físicos, destinados á engrandecer la vida material.

Las *Hermanitas de los pobres* son un agente destinado á engrandecer el espíritu.

Frente al positivismo crudo y desalmado del tiempo presente, consagrado al negocio, no puede ménos de parecer maravillosa una obra que ha arrancado de las garras de la filantropía moderna cuyas entrañas están petrificadas, nada menos que á cuarenta mil ancianos de ambos sexos enfermos y desválidos, que bendicen á Dios y no maldicen al mundo que los abandona, por hallarse rodeados de ángeles tutelares que endulzan con su hermosa ternura los últimos momentos de su vida.

Esta es la obra de las *Hermanitas de los pobres*.

Su crecimiento y desarrollo parecen haber obedecido al impulso de resortes divinos.

Empezó esta grandiosa empresa cristiana en Saint-Servan el año 1840, y en 1856 contaba ya con *once* fundaciones nuevas en las principales ciudades de Francia. En 1860 eran *sesenta* las fundaciones extendidas por Inglaterra, Escocia y Bélgica. En 1870, las instalaciones llegaban á *ciento veinte y una*, y ya se extendida por España, Italia y los Estados-Unidos. En la actualidad, las fundaciones suben á *doscientas treinta y ocho*, y se extienden por todas las naciones del globo terráqueo.

En 1856 quedó terminado el noviciado y casa matriz en la Torre de S. José, cerca de Becheru (Francia) y en 1863 se fundó en Barcelona la primera casa, despues de lo cual, y de instalarse en otras varias ciudades de España, vinieron á establecerse en Madrid las *Hermanitas*, ocupando provisionalmente un cuarto principal de una modesta casa de la calle de Hortaleza.

L. HERRERO.

(De *La Semana Católica*).

(Continuará.)

